

Travesuras de un Lazarillo de tantos

© MIGUEL MÉNDEZ M.

Al Güerito Méndez lo quise como a un hermano.

Tenía yo unos once años, el Güerito quince. Fue entonces cuando él salió becado a un colegio de mala muerte, destinado a campesinos míseros y huérfanos de ex revolucionarios marginados. Los Méndez lo adoptaron. Lo crió mi nina, hermana mayor de mi papá, solterona; nina también de mis cuarenta y tantos primos hermanos.

Volvió a El Claro, el Güerito, dos años después. Una puta compartió con él de su gonorrea, amén de chancros y demás lindezas en boga. Era cuatro años mayor que yo, el Güerito.

En aquellos días borroneados de 1942, era El Claro un pueblecillo mucho menor; ahora en los actuales 2007 como que aumentan las pariciones. La única visita que soportaba el Güerito es el lecho de muerte, era yo.

Me correspondía también la diaria obligación de ir, rayando el sol, hasta la milpa de los Rojas, librando otras parcelas en ruta; volvía después con un botellón de leche, ración ineludible al Güerito.

La Tiburcio y la Chayo, ya velludas, ordeñaban tres vacas lecheras, a la hora en que aún se desgañitaban en cánticos los gallos. Al lado de ellas, atisbón obligado, el ciego Rojas, hermano mayor. Para desgracia, al ciego Rojas le restaba una lucecita en la parte baja del tomate del ojo izquierdo, por eso soslayaba sombras huidizas.

Empezaba la fiesta, pícara acción de mi parte y cachetes inflados de risas irreverentes, de las señoritas hermanas del ciego.

Acercaba una varita vertical frente a los ojos muertos del ciego Rojas, y le decía

Miguel Méndez M. es escritor estadounidense chicano que pertenece a la corriente indigenista de la literatura mexicano-estadounidense. Una de sus obras de mayor notoriedad es la novela *Peregrinos de Aztlán* (1974).

Méndez, M. "Travesuras de un Lazarillo de tantos." *Camino Real. Estudios de las Hispanidades Norteamericanas*. Alcalá de Henares: Instituto Franklin- UAH, 1:2, (2010): 137-138.

yo; a ver a que no me miras pinche ciego patas de abanico. Corría el ciego como venado tras de mis huesos, sus patotas atravesadas, las mías descalzas; vivo espantapájaros el ciego cascarrabias. Te va a matar Panchofrancisco, me gritaba la Tiburcio. Se paraba el ciego a resollar gordo. Me deslizaba yo sin ruido a sus espaldas. Se moría de rabia de pronto; el que le agarrara las nalgas lo quemaba vivo. Corría tras de mí sin columbrar mi carrera en equis. En otro descuido, sin que me oyeran sus hermanas; semiagotados los alientos del ofendido, mas allegaba a sus orejas y le decía: puto de cocina, pinche güey ojos de leche. Al instante o en menos, otra corrida maratónica tras mis trancos. En esto, como antes, que me dejó caer a punto de alcanzarme el ciego, pasa sobre mí, aterriza a efectos de tropezón, a medias noqueado, goteando sangre de las narices, a chorritos.

La Chayo, lleno ya el botellón de leche, con tapón y todo lo coloca a un lado. Lo levantaba yo a carrera de regreso, hasta llevarlo directamente al lecho del Güerito.

Vecinos y familiares se deshacían en elogios a mi persona. Comentaban entre ellos, que pese a ser yo *piel de judas*, travieso hasta el gorro, era capaz de acción tan noble y santamente misericordiosa. Era un héroe yo, le acarreaaba leche y cuanta cosa era necesaria al Güerito. Todo este desmerequetengue endiablado, creo yo a estas alturas, nos hacía mucho bien entonces, tanto a las hermanas Rojas como al ciego Panchofrancisco, a mí mismo, puesto que hacíamos añicos una rutina pesadamente enfermiza, contagiada de pobrezas y graves malestares en miembros muy queridos, ya gastados, de nuestras familias. No pudo haber sido de otro modo, puesto que a cada mañana al amanecer, me esperaban ya, oteando mi rumbo, tanto las muchachas de marras como el ciego arisco, entre parpadeos escrutantes.

Volví a ver al ciego Rojas, años después, en el cementerio local, al lado de su familia enlutada. Él, hincado, volteados los ojos, los brazos abiertos en cruz, greñero revuelto, bañado en lágrimas. Habían matado a su hermano. A causa de una pasión suicida le habían hundido un balazo, mero donde lo palpitaba a brincos, el amor prohibido. El plomo le atravesó el corazón. Peor le hubiera ido si lo capan de raíz, desde el tronco, con todo y güevos. Suele decirse por estos mundos, que el que no es cabrón no es hombre.

Cuando pusieron de pie al ciego, me acerqué y le di un abrazo. Quién eres tú, me preguntó. Soy Mayco...

El Güerito murió días después de mis travesuras piadosas. Esa madrugada, mi Mamá me habló despacio: ¿No puedes dormir, Miguelito? No, estoy muy impresionado...